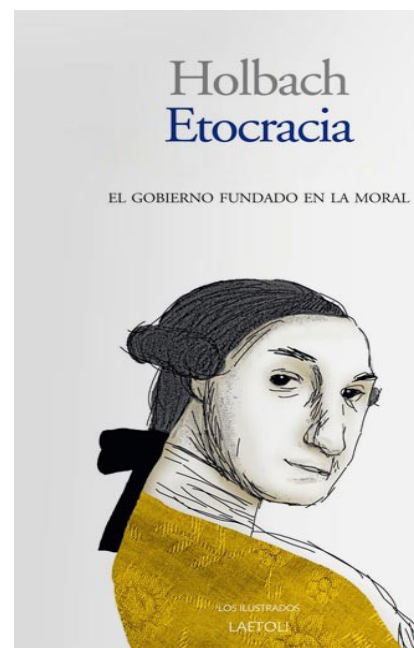


Desde hace ya algunos años hay un intento por recuperar la que se ha dado en llamar “Ilustración radical”, un intento cuyos portaestandartes más señeros son Michel Onfray y, desde un punto de vista más académico, Jonathan Israel. En primer lugar es este un esfuerzo por nuestro presente está lejos de ser un punto homogéneo y de común acuerdo; por el contrario el nuestro es un presente con un origen multiforme y conflictivo que aunque parte de algunas asunciones comunes, recoge en su seno muy diferentes perspectivas a fin de llevarlas a cabo. Siendo ello así, la recuperación de una diferente Ilustración, o si se prefiere, de un modo más radical de profundizar en el ideario ilustrado, en primer lugar se alza contra aquellos que piensan que nuestro presente es el único y mejor heredero de las propuestas que se alzaron cuando se comenzó a luchar por mayoría de edad. No es cierto que somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos y que puesto que las cosas presentes se derivan de sus actos pasados, no nos queda sino seguir perseverando en lo que ya somos. Y no lo es porque nunca fuimos aquello que nos dicen que fuimos. Sin ánimo de seguir con el trabalenguas, lo que quisiera señalar es que la reivindicación de una Ilustración radical no es una mera recuperación histórica o que busque algún tipo de loa a pensadores injustamente olvidados por la historia de las ideas (que no en su propio tiempo), sino que está motivada por la urgencia que imprimen los tiempos presentes en los que desde hace ya bastantes años nos vemos al cabo de un recorrido histórico y no tenemos nada claro cuáles son los caminos por los que podemos –y queremos– seguir andando. El sendero que se abre aquí vendría diciendo que en algún momento nos confundimos en la dirección que dimos a nuestros pasos modernos y que bien haríamos en volver un momento la vista sobre el mapa y corregir nuestro rumbo.

Habitualmente esta Ilustración radical se suele caracterizar por tener una visión spinozista del mundo, por su apuesta monista –materialista– y por tener un fuerte compromiso con la actividad política, con el intento de

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 2
2013/2
ISSN 2255-2022

HOLBACH, *Etocracia. El gobierno fundado en la moral*, traducción de Josep Lluís Teodoro, Latoli, Pamplona, 2012, 216 pp. ISBN 9-788492-422579. (*Ethocratie, ou Le gouvernement fondé sur la morale*, 1776).



Palabras clave:
Holbach
Ilustración radical
Ateísmo
Materialismo.



poner en acción sus ideas; y habitualmente también Holbach es considerado uno de los principales protagonistas de la misma. No sé realmente si la adscripción al spinozismo ha de ser característica *sine qua non* para pertenecer a esta nueva facción ilustrada, pero es evidente que a nuestro barón le basta y le sobra, para liderarla, con el resto de las características. Materialista es sin lugar a dudas y su compromiso se palpa tanto en su obra, como en el uso que de ella hicieron quienes a poco cambiarían el rumbo de la historia tomando La Bastilla. No menos es evidente en este libro que aquí se comenta que está dirigido al buen rey Luis XVI para que esclarezca sus miras y emprenda radicales reformas políticas. Pero vayamos por partes, ¿qué significa para Holbach ser materialista? En primer lugar es menester decir que la apuesta por el materialismo camina de la mano de un ateísmo militante que al renegar de Dios sitúa todo el mundo de los humanos en una perspectiva más pequeña, más terrena que ha de decir adiós a las grandes palabras, a las fundamentaciones últimas que pretendan ir más allá de lo que el ser humano puede fabricar y componer. Lo que para Holbach es evidente es que el mundo moderno está al alcance de la mente humana, y eso es lo que ha significado el desarrollo de la ciencia y del pensamiento con el que se abre una nueva era: podemos comprender la naturaleza sin necesidad de otra fuerza que nuestro trabajo y perseverancia. Donde el hombre no llega posiblemente no hay nada que sea humano, nada al menos interesante para el hombre. Por eso somos –debemos ser– ateos. Insistir en hablar de cosas que quedan lejanas al mundo de la reflexión intelectual humana, sencillamente es un intento de ocultar que nosotros, los seres humanos, podemos por nosotros mismos componer nuestras vidas pues es ponernos como objeto de nuestra vida metas inhumanas. Lo peor del caso es que tal insistencia no puede menos que estar ocultando algo, a saber, un interés por dominar a aquellos a los que, poniéndoles delante un mundo que no pueden conocer y, por tanto, ante el

que deben enfrentarse entre supersticiones e ignorancia, se les hace renegar de su verdadera fuerza y capacidad. Por ello se les tutela a modo.

En suma, donde el hombre no llega hay visos de que algo ajeno a él se esté cocinando y por ello, casi por mera precaución, Holbach nos anima a ser ateos. Es algo más que dejar de creer en Dios, es, sobre todo, comenzar a creer en la capacidad de los seres humanos. Materialista es el que habiendo dejado de lado a Dios porque desea resolver el mundo de los hombres con palabras y medidas propia de estos, declara que no hay otra explicación que la presentada con palabras humanas, que no hay otro modo de actuar que el humano y que, en definitiva, no puede haber otras esperanzas y anhelos que aquellos que los hombres y mujeres constantemente exponemos para vivir con los demás. Es algo sorprendente que debamos leer a un barón francés del XVIII para encontrar fuerzas que den vigor al compromiso que hoy llamamos democrático, pero así es y creo que deberíamos celebrar nuestra suerte por poder tener en nuestro “almacén histórico” una apuesta como la que en *Etocracia* aparece casi como un mantra continuo: el mundo de los humanos se ha de resolver con la felicidad en vistas y esto significa atendiendo a todas las voces que aparecen cuando llegamos a la mayoría de edad (lo que luego se llamará emancipación). De tal actitud, que parece ser el fundamento de esa Ilustración radical que se nos plantea como modelo para nuestro desesperanzado mundo, el modelo a estudiar siempre ha sido Holbach.

Pero vano sería el esfuerzo de esta actitud materialista y atea si tras preparar el terreno de nuestras ideas no se aprestara a cultivar un nuevo mundo a escala humana; ¿para qué hemos hablado de felicidad (que, no se olvide, es lo que por naturaleza todos los seres naturales tratan de conseguir) si al mismo tiempo no intentáramos modificar la realidad que impide tal felicidad? He dicho que la Ilustración radical tiene un fuerte compromiso político y ello se ve de modo claro en esta llamada que Holbach hace en *Etocracia* para moralizar la política ¿Mo-

“Holbach nos anima a ser ateos. Es algo más que dejar de creer en Dios, es, sobre todo, comenzar a creer en la capacidad de los seres humanos.”

ralizar la política? No ha de haber proclama que ponga hoy más nerviosos a nuestros políticos, tanto a quienes como profesionales se ganan la vida con ello (y por desgracia no creo que haya que explicar el motivo de tal nerviosismo hoy en nuestro país), como a quienes como teóricos reflexionan sobre el mundo que, se nos dice, no nos queda más remedio que soportar porque es el que “hemos compuesto” con nuestro esfuerzo de siglos. Para tratar de calmar al menos a estos últimos expliquemos en primer lugar qué significa aquí la palabra moral. No es muy complicado: puesto que hemos abandonado a Dios tan sólo nos queda vivir en el mundo en el que de hecho vivimos, ese mundo de escala humana que se compone con palabras humanas, con esperanzas humanas; pues bien, los principios de la moral serán aquellos principios netamente humanos que tratan de establecer nuestra vida de la mejor manera posible sin olvidar nunca que tal vida se ha de desarrollar en un mundo natural con el cual debemos vivir en consonancia, pues enfrentarse a la naturaleza sería tan absurdo, como fuera de lugar; y ello no sólo por lo desigual de las fuerzas tal y como hoy hemos comprendido a fuerza de machacar nuestro entorno, sino porque, y esto es algo que Holbach lo tiene muy claro, somos hijos de la naturaleza, parte de ella, seres naturales. De hecho los principios con los que se deben regular nuestra vida adquieren si no su justicia, sí su legitimidad del hecho de que remiten a nuestra composición como seres naturales, a lo que en verdad somos tal y como nos muestra el objetivo conocimiento que de la Naturaleza (y del hombre como un elemento más de la misma) se puede llegar a tener (y aquí es donde se sitúa la abominación generalizada que los ilustrados hicieron de la superstición: impedía el conocimiento objetivo – humano– de lo que éramos y nos merecíamos). No voy a seguir con una lección que cualquiera habrá oído en su bachillerato; creo que dicho esto puede quedar claro qué significa moralizar la vida política, qué es la etocracia para decirlo con las palabras de Holbach: legitimar las actividades públicas en el hecho de que cuidan de lo que

“Es algo sorprendente que debamos leer a un barón francés del XVIII para encontrar fuerzas que den vigor al compromiso que hoy llamamos democrático.”

por naturaleza nos corresponde. Por ello la dedicatoria al rey, por lo mismo que hoy nosotros debiéramos dirigir este librito a nuestra clase política: no ha de haber ninguna ley, propuesta o modo de gobierno que sea aceptable si no se enmarca dentro del deseo de subrayar nuestra naturaleza. A ello Holbach lo llamó justicia y creo que nosotros también podríamos hacerlo a pesar de lo grandilocuente que hoy nos suene el término.

El gobierno de la moral pasa, en primer lugar y tal y como se le dice a Luis XVI, por olvidar en las tareas de gobierno todo aquello que sea ajeno al bienestar público (entendiendo este como la satisfacción de las necesidades naturales de todos los individuos). Los intereses meramente privados quedan lógicamente desautorizados, pues generalmente tratan de satisfacerse a expensas de los intereses del resto de los humanos; pero es más que el rechazo de tales intereses lo que aquí se ventila, es, sobre todo, la propuesta de una serie de objetivos en el gobierno de nuestras vidas que traten de dar satisfacción a nuestra naturaleza que, como la de cualquier ser natural, ansía poder ser feliz. De qué manera se estipula tal felicidad creo que es sencillo de contestar desde el punto de vista de Holbach: poder hacer cada quien su propia vida y no verse oprimido por nadie, para lo cual, qué duda cabe, cada individuo debe tener una cierta seguridad económica, jurídica y un garantizado amplio espectro de miras para poder desarrollar su vida. El gobierno fundado en la moral es el que garantiza tales cosas y es por ello que Holbach aquí aporta sobre todo las características que han de tener las distintas tareas de gobierno, los mecanismos de control del mismo, los objetivos que le han de marcar su camino. También se avanza que para que todo ello sea efectivo es cierto que lo ha de llevar a cabo un Estado con su aparato de gobierno, pero si queremos que nuestras regulaciones sean apropiadas a nuestra humana medida es necesario que todos podamos opinar y colaborar en la construcción de la parte del mundo que nos toque. Es un ideario de libertad y, sobre todo, democrático lo que con la etocracia nos propone Holbach.

“Qué es la etocracia para decirlo con las palabras de Holbach: legitimar las actividades públicas en el hecho de que cuidan de lo que por naturaleza nos corresponde.”

Quizás de un modo ingenuo dirige este libro al rey para esclarecerle, para ofrecerle un manual de príncipes; quizás de un modo cínico le presenta el mundo que quiera o no ha de acontecer, y le da la oportunidad cuando menos de saber cómo evitar que en algún momento aquellos hombres y mujeres que no son tratados éticamente se levanten contra él.

No creo que haya que decir que el compromiso político de esta Ilustración radical, leído desde nuestros días, es realmente un ideario democrático que trata de ponerse en práctica. En este libro Holbach nos ofrece algunas recetas políticas para que podamos mirar a nuestro alrededor y reconocer si el mundo en el que vivimos está construido democráticamente o no, si se erige con la felicidad general en vistas o no; no es la menos llamativa de tales recetas su conciencia de que el rico debe dinero al pobre pues en algún momento debió extraer su riqueza del trabajo y la explotación ajena y, pues ello es así, es deber “etocrático” la devolución de aquello que se quitó. No está claro el modo, pero se avanza que sería por medio de lo que hoy nosotros llamaríamos bienes sociales, lo cual vuelve a confirmar que la lectura de este libro en modo alguno es un acto de justicia poética o una arqueología del mundo de las ideas, sino un intento de confirmar, consolidar o avanzar ideas para nuestros propios días. Tenemos advertencias de todo tipo que a buen seguro sentiremos muy cercanas: para evitar la corrupción en el gobierno, para defender la imparcialidad judicial, para que no se entorpezca el bienestar general con subterfugios que sólo busquen intereses privados, para redistribuir bienes a fin de que aquellos que no tienen oportunidades de pensar y vivir por sí mismos las adquieran en el convencimiento de que no están en su desdichada situación por ser más tontos, sino porque alguien a la misma les ha condenado para satisfacer su comercio e industria personal con bocas que no piden más allá del pan diario. Es nuestro mundo algo vacilante y tremendamente incómodo con la situación a la que la Modernidad ha arribado el que se reconstruye a cada pá-

“De qué manera se estipula tal felicidad creo que es sencillo de contestar desde el punto de vista de Holbach: poder hacer cada quien su propia vida y no verse oprimido por nadie.”

rrafo de *Etocracia*. Casi como si nada hubiera cambiado. Por ello este libro representa, al cabo, el necesario mensaje de ánimo que a veces hoy necesitamos. Un mensaje que se construye en torno a un convencimiento bien sencillo: que el pensamiento no es nada si no desea hacer el mundo más feliz. Como se puede apreciar, a veces lo sencillo es lo más radical.

Julio Seoane Pinilla
Universidad de Alcalá